



# Entre hilos y cuchillos

**Ana Gabriela Pérez Pineda**

**M**aría Francisca o “Pachita”, como le dicen algunos, es mi abuela paterna. A sus 62 años es madre de tres mujeres y un hombre: mi papá. Es también abuela de ocho jóvenes: un chico y siete chicas y, recientemente, se convirtió en bisabuela de una bebé llamada Lucy. Tuvo a Sandra, su primera hija, a los 18 años. Eran mediados de los 70's en un pueblito del Tolima y ella se descubría embarazada en su reciente noviazgo, al que se había unido, no sabe si por despecho o por insistencia. Terminaron casándose, por supuesto, pues ese era el paso que se deducía de un embarazo. Al año y medio nació Juan Gabriel, después Adriana y unos meses más tarde fue Milena. Francisca estaba contenta, cada vez que fue madre tuvo viva la ilusión de serlo, pero su cuerpo estaba cansado y le preocupaba que el ingreso de su esposo no alcanzara a alimentar más bocas.

Ernesto, mi abuelo, trabajaba en una droguería. Era un trabajo humilde pero suficiente, tanto así que le alcanzaba para comprar algunas cervezas al terminar la jornada. Él era bueno, eso dice mi abuela; pero con el paso de los años aumentó su consumo de alcohol, tanto así que un día no pudo controlarlo y llegó a casa, de noche, muy borracho y molesto, intentando levantar a sus hijos y golpear a su esposa. Después de varios espectáculos violentos y de haberle enterrado un cuchillo cerca al pecho en modo de defensa, Francisca decidió irse con sus cuatro

hijos de casa, enfrentando la ira de su esposo y la desaprobación de su madre, quien sostenía rotundamente que el lugar de una mujer estaba siempre en su casa, al lado de su esposo. A pesar de sus esfuerzos por alejarse de Ernesto, él la encontraba donde estuviese y hacía daños a las viviendas que la refugiaban. Así que, cansada, Francisca decidió huir con sus tres pequeñas y su pequeño a Cali.

Con unas cuantas maletas maltrechas y cajas mal armadas, Francisca llegó a Cali, una ciudad grande, desconocida y absolutamente aterradora. Llevaba a sus hijos, algunas ropas, unos pocos pesos que había guardado y los conocimientos que había adquirido en sus varios años de vida. Encontró la manera de que sus hijos fuesen aceptados en un orfanato, el primero que se le atravesó tras su llegada, donde una monja le exigió un pago oportuno y uniformes para sus hijos. También apeló a la amabilidad de una prima lejana, quien le ofreció una habitación en su casa para quedarse por un tiempo con la más joven de sus hijas, a quien cuidaba mientras trabajaba. Todo lo que María Francisca había aprendido durante su vida adulta era a cuidar de su hogar, así que acudió a sus conocimientos adquiridos en el ejercicio del trabajo en el hogar, y así pudo trabajar.

Trabajó limpiando, cuidando, atendiendo y cosiendo. Había aprendido el arte de la aguja y el hilo desde una edad temprana. En su colegio, liderado por señoras bravuconas, le enseñaron a unir trozos de tela de forma prolija, no sin enfrentarse a la rebeldía de la joven, quien se rehusaba a aprender oficios que se le hacían inútiles, pinchándose el dedo con la aguja como forma de manifestación. Pero gracias a la insistencia y a las reprimendas de sus profesoras y de su madre, mi abuela aprendió a coser. Al volverse madre, fue la encargada de remendar las ropas de sus hijos y de su esposo; al irse de casa, fue justamente ese conocimiento adquirido de manera forzosa el que le ofreció las herramientas para salir adelante sola, con sus hijos. María, entonces, compró las telas más baratas con el dinero que lograba en sus trabajos domésticos, cosió uniforme para sus hijos, pijamas para su hija y confeccionó ropas distintas para los clientes que iba adquiriendo en el camino. Mi abuela encontró en una actividad textil, adjudicada a la vida privada del hogar, la manera para enfrentarse a ideas machistas que la querían obligar a compartir su vida con un hombre violento; tomando así las riendas de su vida y la de sus hijas e hijo.

Un día, su madre encontró la manera de ubicarla. Al contrario de lo que ella y cualquiera podría pensar, su madre no quería convencerla de volver, contarle a Ernesto de su paradero o reprocharle por

## «Había aprendido el arte de la aguja y el hilo desde una edad temprana. En su colegio, liderado por señoras bravuconas, le enseñaron a unir trozos de tela de forma prolija»

su fuga; ella estaba preocupada por el paradero de los seres que más amaba y había decidido respetar los deseos de su hija. Así las cosas, mi bisabuela viajó a Cali y se dispuso a ayudarle a Francisca con la crianza de sus hijos, mientras ella trabajaba para llevar la comida todos los días a casa. Sus hijos pudieron salir del orfanato, en el que no duraron muchos meses, entraron a estudiar y se criaron juntos, con Pachita y Male, su abuela. Mi papá adoraba a su abuela; casi 20 años después de su muerte, lleva en su billetera la foto de su rostro y su antigua cédula. Yo no la conocí, o al menos no lo suficiente para acordarme. Ella también cosía y tejía, al parecer con mayor destreza que mi abuela; además cocinaba delicioso, o eso es lo que dicen.

Al preguntarle a mi abuela por sus anécdotas, me he encontrado con una historia que ya conocía, pues antes habíamos pasado horas de traspasado en la madrugada conversando al respecto. Gracias a ello, entendiendo por qué es que ni mi padre ni yo sentimos grandes afectos por mi abuelo o cómo fue eso de que una familia tolimense terminó radicándose en Cali. Pero esta vez ha sido distinto, pues al preguntarle por la costura, por su historia alrededor de dicha actividad y por el sentido que le otorga a la misma, me he encontrado con que en mi fantasía de vivir una vida moderna que desafíe los órdenes sociales sexistas y patriarcales, le he restado importancia a la actividad textil en mi familia. Así, me he percatado no sólo de que mi papá, en el ejercicio pleno de su masculinidad, sabe coser, me remienda la ropa y lo hace muy bien; sino que mi abuela aún cose y ahora teje, no sólo como actividades económicas que le han permitido sobrevivir, viajar y conocer, sino como una estrategia de liberación personal en la que expresa su creatividad e imprime los conocimientos diversos que ha adquirido durante sus años de vida.

Digo que lo he ignorado y efectivamente lo he hecho, porque suelo considerar a mi abuela como una que no lo es tanto, al menos no de esas abuelas que guardan tradiciones, cocinan platos espectaculares y atiborran a sus nietos con comida elevada en carbohidratos y ropa hecha a mano. Por el contrario, mi abuela no es una cocinera experta, ni se acerca a serlo, tampoco suele estar en casa esperando a sus nietas ni mucho menos cuidándolas y, hasta donde yo sé, nunca le ha regalado a ninguna algún artefacto textil de su creación. Pero resulta que sabe bastante, y así mismo hace. Hace un tiempo estuvo en Ecuador en un viaje que organizó con alguno de los grupos en los que participa, financiándolo por medio de la venta en los mercados ecuatorianos de carteritas que ella tejió a mano. Es una mujer fuerte y audaz, que siempre llega con sorpresas nuevas. También es amable, se viste con ropa colorida y poco ostentosa, proveniente de su bolsillo o de regalos de amigas y familiares que recibe sin inconveniente alguno, aun cuando se trata de prendas ya usadas.

María Francisca, mi abuela, cree en las energías y en los chacras, confía en las almas buenas y sabe hacer masajes, remedios artesanales, esencias y armonizaciones. Considera que las experiencias de nuestra vida suceden siempre como un aprendizaje, cree que no somos solamente cuerpo y que, en ese sentido, nuestro cuerpo no debería definir nuestros sentimientos o acciones; también confía y me insiste en el poder de soltar aquello que nos agobia, y en la fuerza del amor y la palabra. Y habla tanto que a veces no encontramos quien la calle, eso sí que lo tiene de abuela. Pero es justamente en ese elemento donde reside gran parte de su valor: mi abuela sabe que su voz vale, que no existe razón alguna para silenciarle, que las experiencias que ha vivido y los aprendizajes que ha adquirido son importantes e importan igual que los de cualquier otro semejante o distinto a ella. Mis tías también lo saben, ella se los ha enseñado; pero no se trata de una cátedra estricta o consciente, sino de un aprendizaje que se deriva de la práctica, de las representaciones que se encuentran en una madre y del ejemplo que ella le brinda a sus hijas y a su hijo.

Su hijo, mi padre, que aparece como el caso excepcional en medio de una bandada de mujeres, también ha aprendido mucho de su madre y siente un gran afecto por la que fue su abuela. Él entiende, más que muchas mujeres adultas que conozco, que una es quien forja su camino, siempre que las posibilidades se lo permitan, y que debe perseguir aquello que la haga feliz, aunque eso no vaya en sintonía con el ideal del matrimonio o de la familia conservadora y heteronormada.

**«...mi abuela sabe que su voz vale, que no existe razón alguna para silenciarle, que las experiencias que ha vivido y los aprendizajes que ha adquirido son importantes...»**

También valora y enaltece las capacidades que tenemos las mujeres: las mías, las de sus hermanas, de sus jefas y, por supuesto, las de su madre. Es así como, por medio de la crianza que mi abuela y su madre ofrecieron a mi padre, con todas las formas e ideas machistas que aparecen y se reproducen en el ejercicio de nuestras vidas, yo he crecido en una familia que me llena de coraje para alcanzar mis deseos, que ha sido fundamental para convencerme de lo increíblemente capaz e inteligente que soy, y que me ha amado y protegido, respetando mis decisiones y avivando mis intereses.

Hoy María Francisca, la misma que llegó a Cali, pero treinta y tantos años mayor, más sabia y más experimentada, no se preocupa por el dinero, pues aunque no tiene un sueldo fijo, debido a que nunca tuvo interés en cualificarse para trabajar en una empresa, ni fue cotizante para pensión; trabaja en lo que le gusta y en lo que sabe, ayuda a las personas a lidiar con sus emociones y confecciona cualquier cantidad de elementos manuales. Si bien la aguja y el hilo no configuran en este momento su actividad económica principal ni su hobby favorito, siente mucho amor y respeto por el conocimiento que tiene de ellos, que en su momento despreció, pero que hoy agradece. Su hija, Adriana, quien más ha compartido con ella en muchos momentos y con quien comparte hoy en su espacio vital, también sabe tejer y coser. Ama a sus dos hijas y a su nueva nieta, respetando también la decisión de su hija mayor de ser madre a una edad temprana, porque ella sabe que nuestros proyectos de vida y nuestras decisiones también pueden coincidir con las expectativas que se han puesto históricamente sobre nosotras, siempre que se trate de un deseo y no de una imposición, lo que no nos hace menos modernas, menos dignas o menos capaces.

Adriana le teje a su nieta gorros preciosos que terminan en la cama, en el coche o en el piso, porque Lucy no los soporta. Mientras que Juan Gabriel le pone los botones a los pantalones de su hija, remienda los jeans que siempre se le rompen y arregla las cortinas de la casa. Milena no cose, pero sabe de masajes, energías y chacras; también heredó de su madre el gusto por el yoga y por vestirse de blanco. Y mi tía Sandra, al parecer, se quedó con el temple de mi abuela y esa determinación que nunca las detiene. Así, las experiencias y conocimientos de mi abuela hoy se han convertido en aprendizajes cruciales para la reinención de sí misma, que le han brindado una sabiduría y capacidad de emancipación impresionantes. Y así mismo, esos aprendizajes le han posibilitado criar y ver crecer mujeres y hombres valientes, gentiles y capaces en su familia; quienes hemos aprendido de las prácticas heredadas de su madre o maestras y de la personalidad que ella misma se ha forjado en el camino, las cuales toman elementos de su identidad femenina, al tiempo que desafían sistemas de creencias y ordenes de conducta impositivos y violentos.

Con esta, la historia de María Francisca y de su familia, mi familia, emprendo un ejercicio de reconocimiento del valor que tienen las actividades históricamente feminizadas, que han sido sinónimo de opresión y segregación, pero tienen una importantísima capacidad emancipadora y transformadora en la vida de las mujeres. Es también una mirada en retrospectiva de mi crianza, de la de mi padre y mis tías, y de los procesos que nos han llevado a construir una familia como la que tenemos, en torno a asuntos estructurales como las representaciones que hacemos de nosotras mismas como mujeres y las aspiraciones que nos permitimos plantearnos; pero también a asuntos íntimos como las prácticas cotidianas que nos forjan y nos relacionan con otras y otros. En medio de este relato aparece el hilo como un elemento que desafía sistemas y se impone a los cuchillos. Porque entre hilos y cuchillos se hizo mi abuela, se hicieron mis padres y me hice yo, amando y agradeciendo, pero también luchando y enfrentando. Y así continúa nuestra tarea, la de María Francisca y la de nuestra familia, tejiendo lazos que nos unan y cortando con aquello que nos duele, nos limita y nos daña.